

los fieles de esta parroquia; bendiciones temporales y, especialmente, bendiciones espirituales.

*Bendiciones temporales.* Que esta santa morada sea la salvaguardia de cuantas la rodean; que ni el fuego del cielo, ni las inundaciones, ni los terremotos, ni las tempestades la destruyan; que sea tan robusta como si fuera edificada por la mano de Dios sobre una peña sólida. Que los años, léjos de consumir sus paredes y cimientos, y de apresurar su ruina, contribuyan á consolidarla y á conservarla tan firme como la antigua ciudadela de Sion.....

*Bendiciones espirituales.* Pero, sobre todo, que la purifique el espíritu de Dios; que sea como un segundo templo, donde los ángeles vayan también á encontrar sus delicias. Sea esta casa el asilo de la ciencia, como las moradas de los Basilius, de los Crisóstomos, de los Ambrosios y de los Agustinos, porque el sacerdote, su nuevo huésped, debe dedicarse á ilustrar á los demás. Salga de este lugar bendecido un olor de virtud ejemplar, que difundiendo por fuera, lleve la edificación hasta á las comarcas vecinas. *Virtudes sacerdotales:* abnegación, humildad, pureza, obediencia, piedad, amor á la Iglesia, celo por la salvación de las almas. *Virtudes cristianas:* fe, esperanza, caridad; pero caridad ilimitada con la viuda, el huérfano, el viajero, el enfermo, el perseguido, el infortunado, el pecador. *Virtudes sociales:* bondad, afabilidad, dulzura, justicia, prudencia, grandeza de alma, nobleza de sentimientos, rectitud, honradez, deseos del bien mas perfecto posible, de mejoramiento moral y aun material para los feligreses; procurando ilustrar el espíritu humano por el perfeccionamiento del estado social del hombre durante los tristes dias de su peregrinación, á fin de que pueda esperar mejor á que se cumplan sus destinos eternos. Por último, quiera Dios que se suceda en esta casa, dilatada serie de párrocos santos como Samuel, celosos como los apóstoles, animosos como los mártires, tiernos como un Francisco de Sales, y animados de la caridad como un Vicente de Paul. ¡Bendiga el cielo estas súplicas, que en comun le dirigimos!

## BENDICION DE UN CEMENTERIO.

### DISCURSO.

*Scio quia Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum.*

Porque yo sé que vive mi Redentor, y que yo he de resucitar de la tierra en el último dia.

(Job. xix, 25.)

La religion, que nos recibió en sus brazos cuando vinimos al mundo, y que como una tierna madre se ha reclinado sobre la cuna para bendecirnos, corre hácia nosotros con mayor diligencia todavía cuando dejamos la tierra, y viene á acompañarnos hasta nuestra última morada para bendecir nuestro sepulcro. Esta misma religion me manda en este dia santificar con las oraciones y las ceremonias prescritas esta tierra, que va á convertirse en un lugar de descanso, que lo será para nosotros algun dia. Si la religion vela sobre todo por vuestras almas, no por esto deja en olvido los cuerpos, que cooperan á su santificación. Si los infieles honraban y honran todavía los restos humanos porque una alma inmortal los ha animado, si los hijos de Abraham les profesaban particular respeto, como lo atestigua la Escritura, porque el sello de la alianza estaba impreso en su carne, ¿cómo podía ser que la religion de Jesucristo, mucho mas santa y tierna, no tuviese mayores consideraciones á esa porcion de la naturaleza humana adoptada, rehabilitada y casi divinizada por el celestial Mediador: esos miembros, que por el bautismo se convirtieron en miembros de Jesucristo; esos cuerpos, que habian recibido tantas uncciones sagradas; esos cuerpos, en que el Espíritu Santo habia habitado por su gracia como en un santuario, y á los que con la comunicación del pan vivo se les habia concedido una prenda de resurrección y de su vida eterna? Así como la religion ha bendecido y conservado vuestros templos; así como ha bendecido vuestros campos y

vuestras casas, quiere tambien bendecir la última morada de todos, á fin de que vuestros cuerpos descansén en paz hasta el dia de la resurreccion universal y de las grandes esperanzas. Pero antes de proceder, amados fieles, á esta grave ceremonia, permitidme exponeros las sublimes y profundas enseñanzas que nos ofrece.

¿Qué es esta tierra, que en adelante se llamará el cementerio? ¿Cuáles son las ideas que su vista debe producir en vuestra alma? 1.º Tristeza por la destruccion de nuestros cuerpos; 2.º, esperanza fundada en su resurreccion y en nuestra inmortalidad; 3.º, sentimientos de veneracion á este lugar, que guardará nuestros restos hasta la consumacion de los siglos.

¡Recinto en adelante sagrado! tierra bendecida, ya por las oraciones de la Iglesia, ya por el contacto de nuestros cuerpos, que han sido templos del Espíritu Santo! tú serás por muchos siglos nuestro lecho y nuestra casa; porque las casas de piedra, que vuestras manos han edificado, y que habitamos, no nos pertenecen á nosotros, sino á la muerte. Esta es su verdadera propietaria, pues las trasmite de generacion en generacion segun le place. Cuando llega nuestra última hora, viene la muerte y nos arroja de casa; y envueltos en una sábana, se nos conduce á esta última morada, la tierra. Ved aquí, hermanos míos, el lugar de nuestro refugio, cuando se nos prive de la posesion de nuestros bienes, de la sociedad de los hombres y de la vida. Ved aquí el lugar en que nos encontraremos todos; el niño recién nacido, y que sonríe á la vida como si quisiera fijar en ella su felicidad; el jóven, que no quiere contar los dias sino por sus placeres; el hombre ambicioso de riquezas y de honores, el anciano á quien se respeta por sus canas, el sacerdote del Señor; todos vendremos á este sitio porque todos somos hijos de un padre prevaricador, todos estamos comprendidos en el decreto: *Pulvis es et in pulverem reverteris.*

En este sitio no vereis tronos ni palacios ni magnificencias por las cuales andan en luchas y rivalidades los hombres; un poco de tierra es la parte que corresponde al rico y al pobre, porque aquí la igualdad es perfecta.

Un cementerio es la escuela en que la sabiduría nos da profundas enseñanzas, sin necesidad de que venga alguien á exponerlas; las palabras son innecesarias; la tierra y el ataúd son por sí solos dos objetos mas expresivos y elocuentes, que todo cuanto pudiera decirse. Mirad y reflexionad.

A la tierra se le da el nombre de valle de lágrimas; ¡ah! es una verdad, por mas que sea triste y amarga, pues en llorar pasamos la mayor parte de nuestra vida. Pero hay ciertos lugares en esta tierra,

que tienen el triste privilegio de ser especialmente los valles de lágrimas, y estos lugares son los cementerios. En ellos las generaciones y las familias vienen sucesivamente á llorar al separarse de sus deudos y parientes, que pagan el comun tributo á la muerte.

Respetemos desde ahora este recinto, siquiera por estas lágrimas, que todos mas ó ménos tarde vendremos á verter aquí sobre nuestra propia carne y nuestra propia sangre. ¡Dios y Salvador mio! dignate dulcificar nuestras angustias en esos dias de desventura, y sé entónces nuestro padre, nuestro esposo, nuestro hermano, cuando la tierra nos quite los que son objeto de nuestro especial cariño en este mundo!

No nos desalentemos, sin embargo; porque en el sepulcro se nos reserva la esperanza y la vida. Animaos, pues, y cantad el himno de la inmortalidad. Bien sabemos, que nuestro cuerpo volverá á ser animado por un soplo de vida, y entónces se cumplirán estas palabras de la Escritura: *Fecit Deus hominem inextermabilem*, SAP. II, 25. Nuestra carne, corruptible como es, no se cubrirá con el polvo del sepulcro, sino para salir de él incorruptible: *Oportet corruptibile hoc induere incorruptionem*; I. Cor. xv, 53. Esto es lo que nos enseña la fe; pero la esperanza nos hace prorrumpir en estas palabras de Job: *Scio quia Redemptor meus vivit et in novissimo die de terra surrecturus sum.... Reposita est hæc spes mea in sinu meo*; JOB. XIX, 25 ET 27. Tal es la creencia de los profetas: *Vivent mortui*; IS. XXVI, 16. *Multi de his qui dormiunt in terræ pulvere evigilabunt*; DAN. XII, 2. *De manu mortis liberabo eos*; OS. XIII, 4. Lo cual S. Pablo lo expresa en términos esplicitos: *Omnes quidem resurgemus*; I. Cor. xv, 51 ET 52. ¡Oh dulce esperanza! ¡Oh deseado porvenir! Si; nosotros resucitaremos: si; un dia el Señor mandará á sus ángeles que dispierten á las generaciones dormidas, y las generaciones se levantarán del polvo para no morir jamas; porque no se dirá, que el cuerpo del hombre, el mas hermoso y el mas acabado de los objetos materiales, sea casi el ménos duradero de todos, porque este cuerpo ha sido el templo del Señor. Con efecto; ¿hay en la tierra algun santuario, que Dios prefiera á un cuerpo casto, animado por un alma virtuosa y santa? ¿Qué valen á sus ojos los edificios de madera y de piedra, comparados con este templo vivo, que por sí propio le paga el tributo de incienso, de adoracion y oraciones?

El nombre de cementerio con que conocemos el lugar destinado á nuestra sepultura, es al mismo tiempo un nombre que simboliza nuestra esperanza y la fe en la resurreccion; porque en nuestro idioma equivale á la voz *dormitorio*. ¡Palabra de feliz presagio, exclama

un célebre orador contemporáneo, consoladora palabra, que coloca el sepulcro bajo la protección de la esperanza, y que disminuye el horror de la muerte, haciéndonos vislumbrar tras un sueño, algo más largo que el sueño de la noche, la vida eterna que debe seguirle!

Vosotros, antecesores nuestros, cuyas herencias adquiridas con vuestros sudores poseemos; esposas amadas, hijos en quienes fundábamos nuestra esperanza; amigos sinceros, que nos ayudabais á sobrellevar los pesares de la vida; madres nuestras, que tanto llorasteis por nosotros; sí, todos resucitareis y volveremos á veros un día, y os veremos animados del mayor júbilo, porque vuestra vida será eterna.

Recordad sin embargo, hermanos míos, que después de haber invocado con las oraciones de la Iglesia las bendiciones del cielo sobre esta tierra, debéis tener en cuenta vuestros deberes. Este campo ya no será un campo como los demás, así como el templo no es un edificio como otro cualquiera. Ya no servirá para usos profanos, porque será el templo de los difuntos, y debe ser para vosotros un lugar santo y venerado. Léjos de aquí, de hoy en adelante, la animación y la algarazara; nada debe turbar la paz de los muertos y el recogimiento propio de la casa de la oración y del sacrificio. El cementerio tampoco debe ser un sitio público: recomendando el respeto debido á los difuntos, hareis que los vivos respeten este sitio: el respeto, que se tiene á los sepulcros, es la garantía mejor del honor de las familias, de la vida y de la fortuna de los ciudadanos; y puede apreciarse el valor moral de un pueblo en proporción á los honores que concede á las generaciones que ya no existen.

De hoy más, al pasar cerca de este recinto, miradle con veneración: saludad con respeto la cruz erigida en este sitio para proteger los sepulcros, y rezad mental ú oralmente la oración que la Iglesia nos enseña para interceder por los difuntos. Luego, pensad en vosotros mismos; tened presente, que este es el lugar que os está destinado. ¡Oh! Estas reflexiones os recordarán la nada de las cosas de la tierra, y os quitarán el apego á sus bienes y á sus placeres, induciéndoos á trabajar eficazmente en lo único necesario, la salvación.

Ministros del Señor, procedamos á la piadosa ceremonia. El Dios que bendijo el sepulcro de Abraham en Mambré, y el de los patriarcas, y el de los mártires en las catacumbas, y el de los justos en todo tiempo, bendiga este lugar destinado, de hoy en adelante, á la sepultura de los cristianos de esta parroquia, á fin de que descansen en paz hasta el día de la resurrección general. Amen.

Véase: CEMENTERIOS.

## BENDICION DE UNA CRUZ ERIGIDA

### EN EL TÉRMINO DE UN PUEBLO.

#### DISCURSO.

*Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum et hunc crucifixum.*

Puesto que no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros sino á Jesucristo crucificado.

( Cor. II, 2. )

A la vista de esta cruz, que acabais de levantar, hermanos míos, en presencia de esta imagen del Salvador cuyos brazos extendidos nos protegen, y ante esta numerosísima concurrencia, que fija su vista y eleva su corazón hácia esta imagen augusta, no encuentro otras palabras que las del Apóstol para expresar mis sentimientos, y el piadoso entusiasmo con que deseo asociarme á vuestra satisfacción; no me precio de otra gloria que la de conocer á Jesucristo crucificado.

Fijad la vista y la atención en este símbolo venerable, que nos ofrece el espectáculo sorprendente de un crucificado, que, después de muchos siglos, tiene todavía muchísimos adoradores, que veneran los clavos que taladraron sus pies y manos, que veneran la corona de espinas que ostenta en su frente, y recuerdan los oprobios de que fué objeto. Fijad la vista y la atención en este espectáculo extraordinario de un judío humilde clavado entre dos ladrones, condenado al suplicio de los esclavos, maldecido y deshonrado por los hombres, y que, sin embargo, después de mil y ochocientos años, ve levantarse todavía monumentos á su gloria. Examinad estas maravillas, hermanos míos, y deseareis, como yo, conocer á Jesucristo crucificado.

Esta ciencia, cristianos, este conocimiento de la cruz, puede re-